

REVISTA DE ASTURIAS

AÑO IV.

OVIEDO 30 DE OCTUBRE DE 1880.

NÚM. 20.

LA PEQUEÑA CARINA.

CUENTO DANÉS. (1)

En una pequeña ciudad de la Zelanda vivía, hace algunos años, un rico y honrado funcionario. Una noche de otoño estaba sentado con su familia en una de las elegantes habitaciones de su morada. Las estrellas centelleaban en el cielo y la luna penetraba á través de las ventanas, como si hubiera querido ver las brillantes telas, los encajes esparcidos por un lado y por otro, y amontonados sobre una mesa cerca de la cual la dueña de la casa trabajaba con sus hijas. Aparte, cerca de la ventana, estaba la pequeña Carina, que cosía con ardor. Carina era la hija de un sujeto pobre, pero distinguido por su educación, que después de varios infortunios había venido á retirarse á esta ciudad, solo con una vieja hermana y esta jóven á quien su tia educaba con cariño, al mismo tiempo que recibía de su padre las enseñanzas literarias. Carina aprendía con su tia todo lo que una mujer debe saber para gobernar sabia y dignamente una casa. Llegaba la época en que debía ser confirmada, y su padre que la miraba con orgullo discurría el modo de procurarle un vestido apropósito para esta solemne ceremonia, cuando la muerte vino á poner fin de repente á sus inquietudes y esperanzas. La pobre niña no tenía otro refugio que el que podía esperar de la caridad cristiana. Su tia procuraba entrar como ama de gobierno en una casa rica, y Carina encontró un asilo en casa del Sr. A..., que era un pariente lejano de su padre. El domingo siguiente debía ser confirmada con las hijas de su protector.

Estaba, pues, como hemos dicho, sentada aparte, trabajando para este gran día, y mientras trabajaba, soñando con dulce melancolía en el pasado y á veces con temor en el porvenir. De cuando en cuando levantaba los ojos al cielo, y viendo brillar las estrellas, le parecía que aquella morada de Dios le inspi-

(1) Este cuento ha sido escogido en una colección que apareció en Copenhague con el título de *Nye Fortaellinger* (Nuevos cuentos.) Los críticos más perspicaces no han podido descubrir el verdadero autor de esta obra que obtuvo gran éxito en el Norte, pero la atribuyen generalmente á Heiberg.

raba un sentimiento de esperanza y de consuelo. De repente, resonó en la calle el ruido de un coche tirado por cuatro caballos que se detuvo á la puerta. Oh! Dios!—exclamó una de las jóvenes—es el señor de S..., qué fastidio!

Su padre le reprochó esta exclamación y se levantó para ir á recibir al forastero.

Una de las jóvenes volviéndose hácia Carina le dijo: —Es un rico propietario que vive á algunas millas de aquí.

—Pero es tan malo? preguntó la inocente Carina.

—No, al contrario,—respondió Luisa riéndose,—casi se puede decir que es bueno; pero es un pedante fastidioso y además es muy feo.

Se abrió la puerta, y el Sr. A..., introdujo políticamente en el salon á un hombre triste en apariencia.

Era endeble, un poco deforme y se apoyaba en una muleta. La señora de A... y sus hijas le hicieron un gracioso saludo. El se sentó y habló con vivacidad y en el mejor tono. Carina no se cansaba de considerar á este singular personaje. Con sus ojos azules y su cara enfermiza, había sin embargo en aquella fisonomía, y sobre todo en sus grandes ojos, una expresión de dulzura y de nobleza que la conmovía dulcemente. Ella notó que la miraba él con atención y que preguntaba á la señora de A..., quién era. Después de haber hecho una galante disertación sobre las ricas telas esparcidas al rededor de él, se levantó y aproximándose á Carina le dijo con bondad:

—Preparais también vuestro vestido para el domingo?

—No, respondió ella,—este no es mi vestido; está acabado ya.

Después la jóven algo cortada guardó silencio.

—Voy á enseñaros el traje de Carina,—exclamó Luisa riéndose;—y fué á buscar un vestido de tela grosera y que no era nuevo.

Carina sintió que las lágrimas rodaban de sus ojos. El señor de S..., la miró sin decir una palabra y partió un instante después.

Al día siguiente, supo con mucho gusto Carina que su tia había sido llamada á casa del señor de S..., que la tomara por ama de gobierno con excelentes condiciones. El corazón de Carina se libró con esto de un penoso cuidado, pero aún debía tener otra sorpresa. La víspera del día de la confir-

macion, el cosario de Copenhague le remitió una gran caja y una carta. Esta carta no tenía firma y decía así: "Ten valor, amable niña, y no te imagines que estás sola y abandonada en el mundo. Créce que un buen genio te observa y te sigue á cada paso. Recibe de su parte estos modestos presentes. Puedes aceptarlos sin ruborizarte."

La caja encerraba un traje entero y de perfecto buen gusto.

Las hijas del señor A..., estaban pasmadas. Carina se sentía feliz, sobre todo por la carta unida á este regalo. La idea de un genio protector adherido á su suerte, sonreía agradablemente á su imaginacion.

Ella adivinaba, sin embargo, que este sér bienhechor era el señor de S... Al dia siguiente, le descubrió al entrar en la iglesia y le saludó con reconocimiento.

Estaba de ver la encantadora jóven, con sus adornos nuevos, y eclipsaba con su luto la brillante compostura de sus primas. A la ceremonia asistía un teniente de húsares, el señor H..., hermoso y apuesto jóven que había venido con su madre á hacer una visita á la familia del señor A...

El teniente llegó á enamorarse de la linda Carina y supo expresar tan bien sus sentimientos que la tocó en el corazon. Ella con su inocencia y su sencilla franqueza no podía disimular sus impresiones, pero como los dos estaban cohibidos por las personas que les rodeaban, no podían comunicarse sus recíprocos sentimientos sinó á hurtadillas.

Un dia encontró Carina en su almohadilla un billete de la misma letra que aquel que recibiera ya y leyó las líneas siguientes: "Ten cuidado, inocente niña; el teniente H..., es el novio de tu prima Luisa. Fué por compromiso de su madre, pero tambien por su propia voluntad, el haber contraido este empeño."

La pobre Carina sufrió horriblemente con tal descubrimiento. Al otro dia, el teniente partió sin poder tener una conversacion particular con él; pero muchas pequeñas circunstancias, á las cuales hasta entónces no había prestado atencion, y algunas palabras de su prima, le demostraron la verdad del aviso que había recibido. Su estancia con la familia del señor A... se hizo desde entónces doblemente penosa; así que aceptó apresuradamente la ocasion que se le presentó de colocarse con una señora en calidad de señorita de compañía; es decir, que poco más ó ménos, tenía que llenar una tarea doméstica, que soportar todos los caprichos de su ama y tomar parte en todas sus penas, sin tener nada con su familia.

Carina debía, pues, resignarse, á los quince años, á una situacion que pocos hombres soportarían;

pero hay séres, sobre todo entre las mujeres, que por árida que sea la playa en que la suerte les arroje, saben hacerse allí un pequeño sitio y crearse un asilo contra la tempestad. Carina poseía esta cualidad feliz; sabía agradar á los otros y bastarse á sí misma. En la casa donde entró se encontraba una jóven inteligente y buena, que por su dulzura y su afecto dulcificó lo que había de penoso en la situacion de Carina.

Las dos amigas pasaban la mayor parte del dia trabajando juntas. Carina en tanto, no estaba abandonada de aquel amigo desconocido que ella continuaba llamando su buen ángel. De cuando en cuando, recibía diversos presentes, cartas que la animaban á tener paciencia y le prometían un porvenir mejor. No podía comprender de que manera entraban en su cuarto estas diferentes cosas, y creyó desde luégo que le llegarían por medio de una vieja criada; pero todos los esfuerzos que hizo por descubrir algo respecto de ello, fueron inútiles.

Así pasó un año. Un dia hubo una numerosa reunion en la casa, y Carina vió aparecer el teniente H... Aquella misma noche encontró él ocasion de hablar con ella, y le dijo en términos apasionados, que había roto por su causa el empeño que tenía con la señorita Luisa, y la conjuraba á que le amase, á que tuviese confianza en él y abandonase la humillante situacion en que la encontraba.

El no podía en aquel momento, añadir, conducirla á casa de su madre, pero quería colocarla con una familia donde quedara agradablemente hasta que pudiera casarse con ella.

La pobre jóven pensaba que todo estaría bueno con tal de poder unirse á su amante; pero la idea de ponerse bajo la proteccion de una familia extraña, de contraer un empeño con aquel jóven contra la voluntad de su madre, sublevaba la pureza de sus sentimientos. Sin embargo, el enamorado oficial la volvió á ver muchas veces y no descuidó nada para vencer su resistencia. Con ayuda de uno de sus amigos consiguió hacer llegar á élla muchas cartas, y Carina empezaba á conmoverse, cuando encontró sobre su mesa, uno de los billetes misteriosos de su generoso protector.—"Ten cuidado, le decía, no te dejes arrastrar, en tu inexperiencia, fuera del camino que has seguido hasta el presente, con tanta razon y sabiduria. El teniente H... no puede pensar en casarse contigo hasta dentro de muchos años; no te dejes fascinar por una esperanza que más tarde te daría amargos pesares. Si ese jóven tiene el corazon firme y fiel, que lo pruebe por su paciencia y su honradez. Carina! escucha la voz de un verdadero amigo; no pierdas tú misma tu destino; ya la estrella de tu dicha se levanta sobre el horizonte y bien pronto brillará sobre tu cabeza."

No era posible que Carina resistiese á esta voz que tan nobles consejos le había dado siempre. Cuando volvió á ver á su amante, procuró hacerle comprender los motivos que le impedían ligarse á él por un juramento prematuro, ó aceptar una situación que ofendía su delicadeza. El jóven, que se creía próximo á triunfar, pareció desesperado con esta nueva resistencia; no temió declarar entónces que sabía que el día de su confirmacion, Carina había recibido presentes de un desconocido, y que segun había oido contar, conservaba todavia relaciones con él; la estimacion que la profesaba, dijo él, le había impedido creer por mucho tiempo aquellos dichos, pero, ahora ya no dudaba de ellos. Carina, desolada, al ver juzgar así unas relaciones que tenían para ella un carácter sagrado, le contó sin rodeos todo lo que había pasado; mas léjos de calmarse con esta prueba de confianza, él se irritó más, se arrebató hasta el punto de injuriarla y la dejó presa de un profundo dolor.

Algun tiempo después supo ella, que había renovado su empeño con la señorita Luisa. Era esto más de lo que la delicada jóven podía sufrir; cayó enferma y quedó por mucho tiempo en languidez. Por la primavera, un día que estaba asomada á la ventana, hundida en sus reflexiones, vió llegar un hermoso coche tirado por cuatro caballos y conoció que era el del señor de S... Su tia bajó y se arrojó en sus brazos; después le dijo que venía á buscarla en nombre del señor de S... que estaba gravemente enfermo y que quería confiarle una cosa importante. "Date prisa, añadió su tia, que no tenemos un momento que perder." Carina hizo precipitadamente sus preparativos con su jóven amiga que la ayudaba llorando.

Una hora después subía en el coche. Viajó toda la noche; y por el camino su tia la dijo que era, en efecto, el señor de S... quien se había ocupado constantemente de ella; quien, por medio de uno de sus amigos, había podido saber todo lo que ella hacía y dirigirle cartas y presentes.

—Ahora, añadió, solo aspira á dejarte toda su fortuna; mas para hacer incontestable esta donacion, quiere hacerla á su viuda, y desea casarse contigo en su lecho de muerte.

Carina tenía graves objeciones que hacer á tal proyecto; su tia le representó que el señor de S... no tenía ningun heredero directo, que todos sus parientes eran ricos, establecidos en el extranjero, y que él no había cesado de tener esta idea desde el día en que por primera vez había visto á Carina.

La jóven se conmovió mucho en presencia del señor de S... Aquel rostro que le había llamado tanto la atencion una noche en casa del señor A...

le volvía á ver alterado y casi frio por el soplo de la muerte.

—Únicamente de este modo, podía yo ofreceros mi mano, le dijo él;—el pensamiento de una muerte próxima es lo que me anima á este matrimonio que no te causará pesar.

Un hombre de ley estaba allí con los testigos para recibir el testamento del enfermo. Un sacerdote los casó y todas las formalidades se cumplieron exactamente.

Por la noche, Carina y su tia quedaron sentadas cerca de la cama del moribundo. Reinaba allí un silencio profundo; no se oía más que el ruido de la péndola, que con cada movimiento parecía anunciar la brevedad de la vida. Un viejo criado se aproximó llorando á la tia de Carina y le dijo en voz baja que el carpintero acababa de llegar para preparar el ataud. Carina se levantó con espanto y se asomó á la ventana. El patio estaba lleno de hombres y mujeres de la aldea que venían inquietos á pedir noticias de su excelente señor. Muchos de ellos lloraban; Carina lloraba tambien y, levantando los ojos al cielo con una piedad ardiente, exclamó: "¡Oh Dios mio! vuélvele á la vida, y haz que pueda yo hacerle feliz." En aquel momento, una estrella filante se desprendió del cielo, y Carina se acordó de que había notado la misma señal el día en que viera por primera vez á su bienhechor.

Hácia la media noche, el enfermo despertó de un profundo sueño y pareció que sufría ménos. Carina le ofreció la pocion que había preparado para él; la tomó sonriendo y se volvió á dormir. Al día siguiente por la mañana, uno de sus amigos que era médico, llegó de la ciudad inmediata y se aproximó á él sumamente perplejo; pero cuando le hubo observado de más cerca, exclamó con alegría:

—El peligro no es tan grande como yo creía.

—En efecto, confirmó el médico de cabecera,—se ha operado en el estado del enfermo una revolucion inesperada.

El señor de S... fué mejorando de día en día y bien pronto su curacion estuvo asegurada. No parecía sino que había recobrado sus fuerzas por el gozo que había sentido realizando sus proyectos respecto de Carina y por la accion bienhechora que ejercían sobre él la presencia y los cuidados asiduos de la jóven.

Un día tomó él la mano de Carina y le dijo con una sonrisa melancólica:—"Perdóname, mi querida niña; bien sabe Dios que no es esto lo que yo había imaginado. Jamas la vida fué para mi tan dulce como ahora, y sin embargo, estaria pronto á renunciar á ella con tal de libertarte de un lazo que no creía imponer tan largo tiempo á tu fresca juventud."

Carina entonces le abrió su corazón inocente; le contó cómo le había llamado siempre su buen ángel, qué fervientes oraciones había dirigido al cielo por su curación, y el señor de S... probó en aquel momento una felicidad que no sintiera nunca.

Carina se encontraba en una situación que no se hubiera atrevido á soñar en ningún tiempo.

La pobre y humilde joven estaba en una rica y hermosa casa, amada de todos los que la rodeaban, adorada por su marido; y lo que la encantaba más que todo, era la delicadeza de corazón y de alma del señor de S... Se hubiera dicho que al infligirle un defecto físico la naturaleza, se había complacido en dotarle con todas las cualidades intelectuales y morales. No se podía ver sin sorpresa el contraste de aquel cuerpo contrahecho y de aquellos ojos brillantes y aquella viva y móvil fisonomía; á cada instante chispeaba su conversación con los sentimientos más nobles, los pensamientos más ingeniosos, y un tacto y una exactitud de juicio que nadie se cansaba de admirar.

Toda la mañana pasaba ocupado en sus negocios; á la hora de comer se reunía con Carina en un elegante comedor, donde frecuentemente asistían también algunos funcionarios y sacerdotes de los alrededores. Hacía los honores de su casa á las mil maravillas, y poseía en el más alto grado el arte de agradar á sus comensales.

En invierno, mientras que fuera se oía silbar el viento y mugir la tempestad, sentábase de noche en el cuarto de Carina y la entretenía con su interesante conversación. Ninguna ciencia le era extraña; condenado desde su infancia, á causa de sus imperfecciones físicas, á una vida sedentaria, había empleado en el estudio el tiempo que pierden otros en vanas distracciones.

Con tan buena fortuna, con tantos elementos de bienestar como Dios había reunido al rededor de ella, Carina sentía, sin embargo, dentro de sí misma un vacío inexplicable, y muchas veces dejaba traslucir una tristeza que en vano se esforzaba en ocultar á las miradas de su marido y de su tía.

A fines del invierno, Carina recibió una carta de la familia de A... que le anunciaba el casamiento de la señorita Luisa con el teniente H..., y la invitaba á la boda. Se puso encarnada cuando leyó la carta; se la dió á su marido y salió de la habitación. Cuando volvió á entrar, se le figuró que su marido había llorado. En vano procuraron reanudar sus afectuosas conversaciones. Se encontraban, respecto el uno del otro, en una especie de misterioso embarazo que se prolongó hasta el día siguiente, y que duraba todavía algunos días después. Carina preguntó á su marido la causa de su descontento.

Le dirigió esta pregunta con afecto, pero no con

entera libertad de corazón, y solo recibió una vaga respuesta. Ella hubiera deseado hablarle abiertamente y no podía conseguirlo. El señor de S... se había vuelto pálido y taciturno como cuando le viera por primera vez. Se sentaba casi siempre lejos de ella y la miraba con una muda tristeza.

El día de Pascua, Carina se levantó más alegre que de costumbre. Su cuarto estaba sembrado de ramos de flores y guirnaldas de ramaje que le habían traído las chicas de la aldea. Desde la ventana respiró el aroma de las flores abiertas en el jardín. Preguntó luego donde estaba el señor de S... y le respondieron que había salido en coche. Las campanas de la iglesia estaban tocando y se fué al oficio en medio de una porción de paisanos, que la saludaban con afectuoso respecto. Dirigiéndose al cielo con las buenas gentes que la rodeaban, se le figuró que su corazón se abría á un dulce presentimiento. Cuando volvió á casa, le dijo un criado que el señor de S... deseaba hablarla. La recibió con aire solemne y la dijo: "Mi querida Carina, sabes que no me hubiera atrevido á ofrecerte mi mano, si no hubiera creído que la muerte rompería bien pronto un enlace tan poco natural; mi intención era hacerte feliz y me he engañado. Sabes que á pesar de todo mi amor por ti, me he hecho el deber de quedar á tu lado como un padre. Puedo, por lo mismo, sin inconveniente, presentarte á la firma esta acta de separación que yo he firmado ya. (1) Te doy una propiedad que poseo en otra provincia. Dentro de tres años podrás casarte con el señor H... á quien tú amas. He tomado informes acerca de él, y estoy convencido que no ha reanudado su empeño con tu prima sinó por la desesperación que le causaba tu unión conmigo, y no dudo que se alejará de ella con gusto en cuanto sepa que puede todavía contar contigo. Le he escrito; vé aquí mi carta; léela para que te persuadas que he tratado este negocio con toda la delicadeza posible. Tú puedes partir cuando quieras para tu posesión y pasar allí el tiempo que la ley prescribe ántes de contraer un nuevo matrimonio. Sois jóvenes los dos; tres años pasan pronto..."

A estas palabras, el señor de S... fué interrumpido por los sollozos de su mujer. El se aproximó con los ojos llenos de lágrimas, y ella, mirándole un instante en silencio, le dijo enseguida con voz firme:

—No hubiera nunca creído ser una cosa tan extraña para vos. Vuestro sacrificio es noble, pero no puedo admirarlo. Sí, he amado al teniente H..., pero creo haber ahogado este amor en mis lágrimas. La noticia de su matrimonio me ha turbado yo no sé porqué; acaso fuese una chispa todavía de mi

(1) En Dinamarca existe el divorcio.

antiguo amor, pero seguramente fué la última. Desde el día en que he recibido aquella carta he hecho un escrutinio en mi corazón, y no queda en él sitio ninguno para el señor H... Conozco un sentimiento mejor; he sabido apreciar una recta, inteligente y generosa naturaleza; no puedo ya vivir sin vos; vuestras cualidades de espíritu, vuestras virtudes han disipado, como sombras, mis primeras fantasías. Podeis, si os empeñais, desterrarme de vuestra presencia, pero yo no firmaré semejante acta.

Hablando así, rasgó los papeles que el Sr. de S... le había entregado y se retiró á su habitacion, á donde su marido la siguió en la embriaguez de la dicha.

Al año siguiente, por Pascua, se bautizaba con gran pompa un hijo del señor de S... y de Carina; y desde aquel día la jóven no volvió á sentir ya ningún vacío, ni en su casa ni en su corazón.

(Trad. para la REVISTA por E. S. C.)

BREVE BOSQUEJO

sobre

EL ESTADO QUE ALCANZÓ EN TODAS ÉPOCAS
LA LITERATURA EN ASTURIAS.

(Continuacion.)

SIGLO VIII.

Sepultada en las aguas del Guadalete toda la grandeza y poderío de la altiva y prepotente raza visigoda, los que lograron escapar de aquella sangrienta catástrofe se refugiaron en lo más fragoso de nuestras montañas, mientras los invasores penetraban en el interior llevando por delante la devastacion y la ruina. Y aquí, en el corazón de estas montañas, nació el glorioso pensamiento de recobrar la nacionalidad perdida, levantando con los preciosos restos en ellas refugiados, una monarquía que "trasmitiese con el nombre español, la constitucion política y militar, la religion y la corona, las costumbres y el lenguaje de los godos, á los reinos de Leon y Castilla. (1)

Apénas consolidado el reino de Asturias por los sucesos que tuvieron lugar después del alzamiento de Pelayo, sus sucesores en el trono, al mismo tiempo que continuaban victoriosos la guerra empeñada

con los enemigos de su religion y su libertad, dedicaban sus afanes y desvelos á dar impulso á la civilizacion y á las letras que habían de servir de sólidos cimientos á aquella naciente monarquía. Empeñados en guerra sangrienta más allá de nuestras montañas y en luchas intestinas y violentas en el interior, nada más natural que al mismo tiempo que su piedad elevaba iglesias y monasterios, encomendara á su custodia los tesoros literarios salvados en la terrible irrupcion sarracena.

Y aquellos asilos venerables fueron entonces los guardadores del saber y de la ciencia, legándonos pruebas insignes de su amor á las letras en las copias exactísimas de obras notables, debidas á sabios varones, por tantos siglos conservadas en sus bibliotecas y en la preciosa Librería de la Basílica de Oviedo. Digno es de especial mencion, entre muchos que han desaparecido, el celebrado códice que comprende las *Etimologías de S. Isidoro*, que perteneció á la iglesia de Oviedo, más tarde á la de Toledo y hoy se guarda en la Biblioteca del Escorial; libro escrito en la era 771 (año de 733) en los últimos años del reinado de D. Pelayo, y notable no solo bajo el punto de vista histórico, sino tambien por su importancia paleográfica. Asturias entonces, al mismo tiempo que el baluarte de la religion y de la nacionalidad, fué la salvaguardia de la civilizacion y de las ciencias y el gran centro de la cultura y del saber, donde recibían su educacion literaria los que, huyendo de la dominacion árabe, hallaban seguro abrigo en estos valles. La cultura y los conocimientos que trajeran los primeros sabios visigodos, aquí refugiados, nada decayeron de su importancia é interés al penetrar en este reducido país; ántes al contrario, se acrecentaron notablemente, y los asturianos sucesores de aquellos ilustres varones, representantes y guardadores de la ciencia, supieron en esta época conservarla y ensanchar su esfera, más de lo que debía esperarse del estado de agitacion y turbulencia en que se veía envuelta la provincia.

Grande debió ser el número de esos esclarecidos asturianos, que con tanto lustre supieron trasmitir á otros pueblos el saber y la ciencia; solo, sin embargo, menciona la historia y nos ha trasmitido como más notables, los nombres de dos sabios varones, ambos insignes por su saber, los monjes, Beato y Félix, benedictinos, los cuales combatían con sus escritos y su palabra el cisma, defendiendo la religion católica contra los errores de Elipando. De

(1) Caveda. Coleccion citada.

sus obras, algunas han llegado hasta nosotros: la *Apología* dirigida por estos monjes al metropolitano de Toledo, cuyo autógrafo se dice que se conserva en la biblioteca toledana; los *Comentarios del Apocalípsi* de Beato, del cual se conocen varias copias, que forman códices riquísimos con preciosas iluminaciones, ostentando en su principio la cruz de Oviedo; y otros que son documentos que atestiguan, no solo la fé y la piedad de estos nuevos apóstoles, sino también su gran sabiduría, como representantes que eran de los estudios literarios, no ya en Asturias, sino en la España cristiana.

El ejemplo dado por D. Alfonso *el Católico*, que al mismo tiempo que ensanchaba los límites de su reducido reino, aumentaba las bibliotecas de los monasterios y nombraba obispos para las sillas rescataadas á los moros, fué seguido por todos los sucesores en el trono de Asturias. Notables son las donaciones de libros preciosos hechas por este rey á su monasterio de Covadonga, que fundara el año 740; las del príncipe Aldegastro, hijo del rey D. Silo, que el año 780 edificaba el celebrado monasterio de Sta. María de Obona, bajo la regla de S. Benito, donándole cuantiosos bienes *et lectionarium et responsorium, et duos Psalterios, et uno dialogorum et passionarium et una regula de ordini Sancti Benedicti*. Así se estudian las ciencias y las artes en el corto espacio de setenta años, en medio de guerras encarnizadas, cuyo estruendo no bastaba á turbar el desarrollo intelectual iniciado con tanta gloria y que tan brillantemente había de completarse en los siglos posteriores.

SIGLO IX.

Empuñado el cetro por un monarca de levantado ánimo é insignes virtudes, al mismo tiempo que alcanzaba sobre los sectarios del islamismo gloriosas victorias como las de Llamas de Mouro y Lutos, Naharon y Santa Cristina, dedicábase con especial predilección á realizar el gran pensamiento de rodear el altar y el trono, (los dos objetos que por entonces simbolizaban toda la gloria de España) asentado definitivamente en Oviedo, su patria, de toda la grandeza y esplendor con que se había ostentado en los mejores tiempos de la monarquía visigoda. (1) Tal aparece el

segundo Alfonso, á quien sus virtudes merecieron el dictado de *Casto*.

Y Oviedo entonces, que necesitaba hacerse digna de la gran Toledo, á quien representaba como centro y lugar de la España cristiana, erudita y sabia, al mismo tiempo que vé engrandecerse su recinto con celebrados templos, magníficos palacios, sólidos muros y notables acueductos, vé también ostentarse con gloria las artes y las ciencias, caminando así á la par su cultura material é intelectual. En medio de los monumentos erigidos por la piedad ó la grandeza de este monarca, descuella el que simbolizaba su pensamiento, la reedificación de la Basílica del Salvador, donde habían de depositarse el Arca santa y, en su Librería, los preciosos libros salvados en la cueva del Monsagro, embelleciéndola notablemente, donándola joyas primorosas y libros de la Sagrada Escritura, de los Doctores y Padres de la Iglesia, de historia y de varia materia, y desplegando en su consagración la mayor magnificencia. No ménos esplendor desplegó en su trono, rodeándose de hombres eminentes y varones insignes, con cuyos sabios consejos pudo este rey dar armonía y estabilidad á los diversos elementos que constituían la gobernación del Estado. Grande se nos ofrece entonces D. Alfonso *el Casto*, cuando en medio de tan señalados varones intenta sublimar más y más su iglesia, elevándola á la alta dignidad de Metropolitana. Tal fué uno de los motivos que dieron origen al primer Concilio celebrado en Oviedo, cuya autenticidad en vano se ha pretendido poner en duda, concilio venerando, no solo por su importancia histórica, pues en él se trataron también las altas cuestiones del Estado, sino por haber sido el primero que se celebró después de la destrucción de España. Dado ya el impulso, los sucesores en el trono de Asturias continuaron la obra comenzada con tanta gloria por el *Casto* rey, á pesar de verse obligados á emplear sus esfuerzos más en combatir á sus enemigos en campañas encarnizadas, que en gobernar pacíficamente sus estados. Por eso las ciencias y las letras que buscaran un asilo en las iglesias y monasterios, únicos santuarios donde entonces podían ostentarse con brillantez, eran cultivadas en el silencio de los claustros, por varones estudiosos, que si escasos en número, eran dignos guarda-

(1) Desde esta época, la ciudad de Oviedo, á la cual trasladara D. Alfonso *el Casto* su corte desde

la villa de Pravia, fué el centro de todos los sucesos acaecidos en la provincia, siendo por lo mismo su historia, la historia de Asturias.

dores de la semilla que tan abundantemente había de fructificar más tarde.

Hizose además D. Alfonso digno de eterna memoria por la solicitud con que atendía á la conservacion de las obras de Isidoro, Ildefonso y otros sabios escritores, disponiendo su reproduccion cuidadosamente y usándose ya de una escritura gallarda y de hermosa forma verdaderamente nacional; no ménos que el libro citado por Morales en su *Viaje* á las iglesias de España, que fué escrito por mandato de este príncipe: titulase *Exposicion breve de S. Gregorio sobre todo el Nuevo Testamento*. Lleva al principio la Cruz de los Angeles y en la cifra ordinaria dice: *Aldefonsi Principi oum*. Es insigne libro, añade el historiador, y de mucha estima por no andar aún impreso.

Después de una vida engrandecida, no tanto por los laureles de la victoria como por las virtudes, el saber y el magnánimo corazón del monarca, Casto, sóbrio, immaculado, pio y glorioso, amable á Dios y á los hombres, como elegantemente dice la crónica de D. Alfonso el Magno, bajó al sepulcro este rey en 20 de Marzo de 842.

Las obras celebradas con que enriqueció á Oviedo han desaparecido, y hasta la venerable Basilica fué sustituida en el siglo XV por la suntuosa y elegante que hoy admiramos; pero lo que no ha desaparecido es su memoria y el recuerdo de sus hechos consignados en las Crónicas de *D. Alfonso* y la *Albeldense*. Los poetas cantaron también sus glorias en tres *Romances*, cuyos autores y época en que fueron escritos desconocemos. (1)

Entonces aparece la gran figura de Don Alfonso el Magno, monarca que á su piedad inagotable y rara munificencia, reunía una notable ilustracion y elevado juicio; el cual comprendiendo toda la importancia de los estudios históricos, fué al primero en alentar á los de su corte y principalmente á los Prelados y hombres de ciencia, á que mirasen con predileccion tan interesantes asuntos, y empleasen su pluma y su saber en trazar la historia de los sucesos siempre heróicos y brillantes que venian sucediéndose, casi sin interrupcion, por espacio de dos siglos. Noble pensamiento que hacía ensanchar la esfera de la civilizacion y la cultura y que extendía más allá de los monasterios, los estudios históricos, que tanta influencia habían de ejercer más tarde en el progreso de las letras. Así vemos á este príncipe di-

rigirse al Obispo Sebastian, excitándole á que escribiese y consignase los sucesos que formaban la historia de sus predecesores. Tal sucedió, en efecto, y ya emprendiese tan noble empresa el mismo Obispo ú otra persona de la corte de D. Alfonso, ello es que por inspiracion de este monarca y á sus sabios é ilustrados consejos, deben las letras y la historia un monumento notable, la primera *Crónica* escrita en medio de los triunfos alcanzados por las armas cristianas. Aquí, pues, en la antigua corte de D. Fruela y de D. Alfonso el Casto, en la ciudad de los Obispos, en la noble y leal ciudad de Oviedo, trazáronse por primera vez en caracteres escritos, los grandes hechos que dieron origen á aquella sociedad, inquieta aún y temerosa por su porvenir y su destino. Trazada la senda, otro sabio, trascurrido breve tiempo, proseguía la obra comenzada en la *Crónica de D. Alfonso*, continuando la narracion de los sucesos del reinado de este príncipe en la no ménos notable *Crónica Albeldense*; y un eclesiástico, el monje Leodegundo, de Sta. María de Limanes, á una legua de Oviedo, trazaba la *Historia* general de los acontecimientos de España, cuyo libro se conservó hasta el tiempo de Morales en la *Librería* de la Catedral de Oviedo. Grande es la importancia de estos monumentos literarios de nuestra historia nacional, y de un valor inestimable para conocer la historia de Asturias en estos primeros siglos; pues que fueron escritos dentro de las mismas montañas que presenciaron aquellos brillantes hechos, tan sencillamente consignados en ambas crónicas, é importantísimos también como monumentos venerandos para la historia de nuestra lengua, pues que su diction ó lenguaje revelan ya la corrupcion y decadencia de la lengua latina y "la transformacion que empezaba lentamente á realizarse en el seno de aquella sociedad, transformacion á que forzosamente debían someterse todos los elementos que abrigaban aún alguna vida." (1)

Sensible es que aún hoy ignoremos quienes fueron los sábios autores de estas crónicas, circunstancia, que si en nada amengua su valor é importancia, sería no obstante de algun interés, especialmente la conocida con el nombre de *Crónica de Don Alfonso*; pues á ser cierta la opinion de algunos críticos, que la atribuyen al mismo rey, añadiría á los altos timbres de este monarca otro no ménos glorioso y precia-

(1) Duran. Romancero. Tomo 1.º

(1) Amador de los Rios. Historia crítica de 1ª literatura española. Tomo II, pág. 150.

do. (1) Pero es de D. Alfonso III la siguiente carta:

Epistola Regis Adefonsi ad clerum et populum Turonensem.—Anno 906.

Apéndices del tomo XIX, pág. 346 de la Esp. Sagr.—Ex Andræa Qucretano in Notis ad Bibliothecam Cluniacensem, página 50.

El año de 903 quemaron los Normandos la ciudad de Tours, entre cuyas llamas ardió la Iglesia de S. Martin Turonense. El clero y pueblo trataron de reedificarla á toda costa, pero careciendo de medios, recurrieron á la piedad y munificencia de D. Alfonso; al efecto, en carta dirigida por el Obispo Sisnando, proponían al rey la venta de una corona imperial, de oro y pedrería. El rey en esta carta, desde luego dijo que la aceptaba, siempre que fuese digna de su *serenidad*. Que sus naves, añade, irían por Mayo á la ciudad de Burdeos y que allí podían enviar la Corona que, recojida por un navío y acompañada de dos ó tres personas quedando las otras naves allí, llegasen á su vista con la corona y si le gustaba la compraría: que de no ser de su agrado, la devolvería intacta y que los portadores no regresarían disgustados, porque los gratificaría y enviaría además algun socorro para la fábrica.

Siguiendo este sabio príncipe el ejemplo de su predecesor *el Casto*, convocaba á los Obispos y grandes de su reino, en aquel Concilio, el segundo celebrado en Oviedo, en el que al mismo tiempo que se confirmaba la preeminencia de la iglesia de esta ciudad como Cabeza de las demás, ya acordada en el primer Concilio, se trataban los altos asuntos de la Gobernacion del Estado (2) Y ménos echó en olvido el *rey Magno* á su iglesia de Oviedo, haciéndola aquella gran donacion de preciosidades y riquezas y muchos é interesantes libros, que sobrepujó á las de todos sus antecesores, y

(1) Un escritor moderno, el autor del *Diccionario de escritores gallegos* (Vigo, 1862) dice que D. Alfonso el *Magno* era gallego, y que por lo tanto la *Crónica* de su nombre (que no está demostrado hubiese sido escrita por el rey) es un libro tambien gallego. Como nuestro objeto en el presente *Bosquejo* no es discutir, sino sólo exponer, siquiera sea brevemente, lo que ha sido nuestra literatura, no refutamos los fundamentos, bien débiles por cierto, en que se apoya el escritor gallego para asentar tan peregrina especie; no ménos que la verdadera ocurrencia de que todo el territorio que dominaban aquellos reyes debe entenderse por Galicia. Henos aquí de una plumada hechos todos los asturianos unos apreciables galaicos.

(2) Eran Cortes y Concilios á la vez, pues en ellos se trataban todos los asuntos relativos al Estado y á la Iglesia.

á la que no alcanzaron las más espléndidas de sus sucesores en el trono.

Pero la extension que este rey diera á sus dominios, ensanchando sus conquistas, penetrando en el interior y rescatando de los invasores pueblos y ciudades que venían á aumentar el poder de sus estados; iba poco á poco haciendo decaer la preponderancia de Asturias, acabando por oscurecerse con las reyertas intestinas de los sucesores en el trono y la importancia que daba á Leon su posicion más ventajosa, como más avanzada al teatro de los sucesos, que necesariamente habían de tener lugar en el corazon de Castilla. Y á pesar del respeto con que los monarcas de Leon continuaron mirando la antigua Corte, visitándola con frecuencia y no olvidándola en sus donaciones y testamentos, fué decayendo tan visiblemente de su antiguo esplendor, que causa aún hoy admiracion cómo pasados apenas escasos siglos, habían desaparecido para siempre sus palacios, sus castillos y todas las grandes obras hijas de la solicitud y magnificencia de los dos Alfonsos, quedando hoy de ellas escasas ruinas que atestiguan la grandeza de esta antigua corte.

Pero si con la traslacion de la corte á Leon, Asturias perdió mucho de su importancia, no siendo ya el centro intelectual de los buenos tiempos de D. Alfonso *el Magno*; si Oviedo no escuchaba ya la voz elocuente de aquellos sabios varones, que reunidos en los Concilios con igual solicitud atendían á las cosas de la iglesia que á la salud del reino; si Oviedo veía con pena alejarse de su recinto á sus esclarecidos hijos, sucesores de aquellos eruditos cronistas que iniciaron con tanta gloria el movimiento literario, despertando la aficion á los estudios históricos; en cambio hubo de ver con dolor cuánto iba perdiendo de su esplendor aquel trono nacido en sus montañas y cómo enmudecieran sus cronistas é historiadores, dejando trascurrir más de un siglo sin que ninguno trazara los sucesos posteriores al reinado de Don Alfonso *el Magno*. Grande debió ser entonces la emigracion de Asturias y notable el aislamiento á que esta se redujera, cayendo en una paralización completa los estudios literarios; sus varones más señalados en las letras y en la milicia, siguieron á la corte, y aún muchos de sus vasallos de Asturias iban á aumentar el poder de los nuevos estados, que volvían á hacer suyos aquellos reyes, movidos sin duda por el aliciente de adquirir mayores y más grandes propiedades. Por otra parte, las

grandes turbulencias y las guerras fraticidas en que se vieron envueltos aquellos monarcas en el siglo X, no eran ocasiones las más propicias para atender al estudio de las letras, que tanto aman la paz y el sosiego.

Pero Asturias que estaba destinada por la Providencia á ser el baluarte de la civilización y la cultura y á quien volvían los ojos aquellos reyes, cuando veían en peligro inminente la libertad y las armas cristianas; volvió á ser el puerto seguro, para los que seguidos por la espada de Almanzor, buscaban un asilo en la fragosidad de sus montañas, y otra vez el depósito fiel de venerandas reliquias y libros insignes salvados en aquella nueva irrupción. Pero apenas cobrado aliento, Veremundo *el Gotoso*, que con los suyos se había refugiado en Asturias, animado por el deseo de pelear que manifestaban los bravos hijos de estos valles, abandona á Oviedo y *conducido en hombros de sus vasallos*, (España Sagrada, tomo 38 pág. 13) arrolla en los campos de Calat-Anosor el poder y toda la gloria que alcanzara en cien victorias el gran caudillo y el adalid más esforzado del islamismo.

MÁXIMO FUERTES ACEVEDO.

(Continuará.)

UN LIBRO NUEVO.

TRATADO DE CINEMÁTICA PURA por D. Lauro Clariana, ingeniero industrial, catedrático del Instituto de Tarragona.

Si se echa una ojeada á los programas que rigen en los diferentes centros de enseñanza para la de las ciencias exactas y sus aplicaciones, se observa desde luego que las matemáticas elementales y lo que se llama Física experimental, han sido tratadas por modernos autores españoles; y tal es la abundancia de textos escritos en nuestro idioma, que admira, tratándose de asuntos en que al criterio individual apenas es permitida la iniciativa en cuestiones de método y la originalidad se ve apurada para exhibirse en la exposición de insignificantes detalles. Las aplicaciones de las ciencias exactas y sus derivadas á asuntos técnicos especiales, también tienen, aunque no tan exajerada, representación en nuestra literatura científica contemporánea. Pero el intervalo, es decir, el análisis su-

perior, la geometría analítica, el cálculo infinitesimal, la mecánica racional, la física matemática, la termo-química ó química mecánica, hay que suplirlo con textos extranjeros y, cuando más, con traducciones más ó menos anotadas. Fácil es la explicación de este fenómeno, pero no es esta ocasión de darla. Lo que desde luego se desprende es, que por meritoria tenemos la empresa de escribir un tratado elemental en cualquiera de estas materias; cuando menos por la facilidad que procura en la enseñanza un texto completo sujeto á un plan único, y escrito en idioma nativo, siempre mejor conocido de jóvenes que aún no han tenido tiempo de profundizar los extranjeros.

Así, pues, no escasearemos nuestros elogios al Sr. Clariana, si prosiguiendo su laboriosa empresa dá á luz la estática y dinámica, que completando la empezada obra permitan señalar esta de texto en Universidades y Escuelas especiales.

Y á continuar debe animarle el buen resultado obtenido en la primera parte, ó sea la Cinemática pura; en esta es de alabar desde luego la coordinación de los asuntos, pues acertado nos parece dejar para lo último las cuestiones de aceleraciones que exigen el conocimiento de los movimientos compuestos y relativos, siguiendo en esto á Delaunay con preferencia á Bour, Laurent y Duhamel. También aplaudimos el método de exposición en que la geometría no es completamente absorbida por el análisis; pues la experiencia nos ha demostrado que este último llega á oscurecer la idea cinemática por la facilidad con que el alumno se apropia el símbolo algebraico.

Por último, la extensión dada al asunto principal, así como al apéndice de aplicaciones geométricas, está conforme con los programas que rigen en las escuelas especiales, siendo muy cómodo para la preparación; pues Laurent es algo sóbrio y muy analítico, y Bour por el contrario (dicho sea sin desestima de su gran mérito); los demás autores en su mayoría están mal coordinados con relación á los programas actuales.

Sin ánimo de molestar ni desalentar al laborioso ingeniero y catedrático, nos atreveremos á suplicarle que si logra dar á luz una segunda edición, para ser seguida de la estática y dinámica, revise la actual. Fácil le será corregir el lenguaje, un tanto descuidado, suprimiendo giros poco castizos; por ejemplo, "móviles que concurren á una época dada" y "las coordenadas tales, ellas son proporcionales etc."

También pudiéramos señalar algunas definiciones que resultan defectuosas, no porque en la mente del autor carezcan de claridad, sino por este mismo descuido del lenguaje.

Puede y debe desaparecer también algún atrevimiento ortográfico que no creamos justificado por la necesidad.

Comprenderá el señor Clariana, que á señalar estos ligeros lunares de su obra nos impulsa el aprecio que la misma nos merece y el deseo de que, perfecta en lo posible, pueda en adelante servir de texto en nuestros centros de enseñanza.

G. A.

Nuestros lectores verán sin duda con íntima complacencia la enérgica, sentida é inspirada composición que insertamos bajo estas líneas. El ilustre poeta que nos honró hace pocos meses con su visita, nos muestra ahora el vivo recuerdo que de Asturias conserva, el amor que guarda á este país donde siempre tuvo, y tiene hoy más, admiradores entusiastas y leales amigos. Nuestra REVISTA, doblemente favorecida con la remisión de esta poesía, se complace en reiterar á su distinguidísimo colaborador el testimonio de su gratitud y cariño acendrados.

¡IJUJÚ!

Á MIS QUERIDOS AMIGOS DE ASTURIAS.

I.

¡Es ella!... Espléndidamente
por todas partes la anuncia
del suelo suyo sagrado
la portentosa hermosura.
Con agua de Covadonga
—ya templo, si ayer fué cuna—
ella bautiza de España
la frente noble y augusta.
¡Es ella!... En ella principian
contra el Africa sañuda
siete siglos de combate,
sin par desde que el sol fulgura.
¡Es ella!... Por sus montañas
el eco inmortal retumba
del ¡Ijujú!, grito santo
en otras gigantes luchas.
¡Es ella!... Bajo sus robles,
hogar de raza no espúrea,

de las viejas libertades
el fuego se perpetúa.
¡Te he visto, al fin!... De rodillas
y la cabeza desnuda,
te saludo y te bendigo!
¡Dichoso yo, si me escuchas!
Porque decirte yo quiero,
ya que llanto que no enjugas,
como á Galicia, tu hermana,
la pálida faz te inunda:
—"Contra el desmayo que sientes
"y entibia tu fé robusta,
"del patrio ¡Ijujú! á los ecos,
"¡Cierra, Asturias!"

II.

Caminando, caminando
por tus soledades rústicas,
llegó una voz á mi oído
sumiéndome en pena mucha.
Ya era ronca y penetrante,
ya débil y gemebunda,
ya cual rugir de leones,
ya como un ¡ay! de ternura.
¿De dónde esta voz venía
en cuyas notas se adunan
de tan contrarios efectos
las causas ciertas y ocultas?...
Una carreta chirriaba,
que azotó ventisca dura;
penosamente subiendo
cuesta escabrosa y adusta:
¡Qué sudar los tardos bueyes
tirando con fuerza hercúlea
por la carga en que su dueño
suerte más próspera funda!
Si el cansancio los rendía
porque la carga era suma,
otra vez—siendo acicate
que los anima y los punza—
repetía la carreta
su triste y salvaje música,
y los mansos animales
seguían la áspera ruta.
Así contra los que cedan
al desaliento y la duda,
grite ¡Ijujú! formidable:
—¡Cierra, Asturias!

III.

¿Qué pueblo habrá que no lllore?
¿Qué espíritu que no sufra?
Respondan los más felices,
pregunta á todos, pregunta.
¡Mas cuánta alegría, cuánta

sus infortunios no endulza!
 ¡Cuánta el dolor no fué padre
 de sus grandezas futuras!
 En tus verdes *pumaradas*
 que brisas del mar arrullan,
 he visto á la *danza-prima*
 lanzarse jóvenes turbas.
 ¿Acaso es vaga memoria,
 imágen de fieras pugnas
 entre cristianos y moros
 lo que la danza figura?...
 Frente á frente las parejas,
 en rueda ordenada y justa,
 se miran como dos bandos
 que para la lid se agrupan.
 Pues doncellas y mancebos
 forman cadena que ondula,
 y en viejas trovas cantadas
 se requiebran y disputan,
 y avanzan, y retroceden
 imitando ataque y fuga,
 sin que hasta el fin de la danza
 la cadena se interrumpa.
 ¿Y la tristeza?... Va huyendo
 del *Ijujú!*, que cual *hurra*,
 contra ella gozoso grita:

—*¡Cierra, Asturias!*

IV.

¡Pobres hijos de estos valles
 y estas montañas abruptas,
 cuyas altas cumbres olas
 de irritado mar simulan!
 No oigais el pérfido canto
 que os brinda loca fortuna
 en tierra de otro hemisferio,
 de España insaciable tumba.
 Canto de sirena ha sido;
 amadla de léjos; nunca
 sintais de cerca su beso,
 que mata cuando más gusta.
 Preferid vuestra miseria
 al oro con que os deslumbra,
 y vuestro cielo apacible
 al suyo ardiente y sin brumas.
 Al negro pan de la patria
 no hay otro que sustituya;
 amarla, es partir con ella
 sus goces y desventuras.
 Id por las chozas nativas,
 recorred una por una:
 ¡qué de hermanas sin hermanos!
 ¡Qué de huérfanos y viudas!
 De tantos como partieron
 ¡qué menguada es (¡ay!) la suma!

Unos, en el mar hallaron
 y otros allá sepultura.
 Si el labio de la sirena
 dulces promesas formula,
 el *Ijujú!* le responda:

—*¡Cierra, Asturias!*

V.

¡Asturias! no en la molicie,
 ni en lágrimas infecundas;
 en la fé y en el trabajo
 remedio á tus males busca.
 En tu redencion confía;
 el que imposible la juzga,
 niega á Dios y niega al siglo
 que al hombre dicen:—*¡Plus ultra!*
 ¿No ves, pobre ciega, cómo
 tus horizontes se azulan?
 ¿No ves rayando ya el cielo
 un alba risueña y pura?...
 Ya á la grave sinfonía
 del Cantábrico, se junta
 la gran voz de los talleres,
 del arte y de las industrias.
 La rauda locomotora
 vida y riqueza te augura,
 y por su boca de bronce
 el cañon fundido en Trubia.
 Para tus noches y nieves
 luz y calor te asegura,
 pródiga, la madre tierra
 en sus hulleras profundas.
 Por hilos de alambre atada
 --leve yugo de tus nupcias --
 con el alma de otros pueblos
 unísona tu alma pulsa.
 ¡Anda... y llegarás!

La calle
 subiendo de la amargura,
 tu *Ijujú!* lanza á la muerte:

¡*Cierra, Asturias!*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Octubre de 1880.

EL PUENTE DE PILOTUERTO.

Nuestros lectores habrán sabido y lamentado el desgraciado accidente ocurrido el 18 en la prueba del puente de Pilotuerto, sobre el Narcea, en la carretera denominada de Ponferrada á la Espina. Las desgracias acaecidas se han divulgado, y las cau-

sas del suceso ántes de ser conocidas han sido apreciadas por personas faltas de discrecion y, lo que es peor, de buena fé; deseamos, pués, dar al público el más exacto relato, y solo sentimos que las épocas de publicacion de la REVISTA hayan retardado esta satisfaccion á dignísimas personas que en el cometido de su obligacion han arriesgado su vida, y que á su participacion en el riesgo, al natural desconsuelo producido por la catástrofe, han tenido que añadir la paciencia de leer los más peregrinos absurdos escudados por el anónimo.

Es, ó mejor dicho, era el puente de Pilotuerto un tramo de vigas de hierro de 20 metros de luz, soportado por dos estribos de sillería, fuera de aguas. El tramo se componía de dos fuertes vigas laterales de celosía formando pretil y solera, reunidas lateralmente por viguetas, sobre estas unas bovedillas de hierro, con cubre juntas, y encima el afirmado. Un tramo de este género, perfectamente conocido para cualquier ingeniero, se calcula de modo que, suponiéndolo cargado en su totalidad, la pieza de hierro que resulte más atormentada no soporte más de 6 kilogramos de esfuerzo por milímetro cuadrado, siendo así que la carga de fractura de un hierro mediano es próximamente de 30 kilogramos, y hierros como los de Mieres empleados en el puente de Sandiche no rompieron á 60 kilogramos.

El cálculo del puente (proyecto de un ingeniero que ya no sirve en esta provincia) está bien hecho, aprobado por la junta facultativa del ramo, y aceptado por la fábrica constructora; las piezas que lo componían fueron sometidas á las pruebas de resistencia reglamentarias, por ingenieros del Estado, y una vez aceptadas se montó el puente, según condiciones generales, por ingenieros de la casa constructora, que es responsable hasta que la obra resista las pruebas estática y dinámica.

El 18 se probó dinámicamente el puente de Guliecha, distante dos kilómetros del anterior, de la misma clase, procedente de la misma fábrica y de 16 metros de luz; y habiendo dado un resultado altamente satisfactorio (una flecha de 6 milímetros, es decir, que las vigas rectas se arquearon en su centro bajando este punto la cantidad dicha) pasaron los ingenieros de la provincia y el de la fábrica á probar el de Pilotuerto.

Al efecto, entraron en el puente tres carros; el primero cargado con 3400 kilogramos se adelantó hasta unos 5 metros de la entrada, en el eje del puente; los otros

dos, cargados con 3600 kilogramos cada uno, se pusieron á ambos costados y á un metro de la entrada: esta carga era próximamente la cuarta parte de la calculada como máximo para la resistencia del puente. Colocados los ingenieros en el centro para las operaciones de nivelacion, se dió la voz de marchar; y á esta contestó un siniestro crujido, y seguidamente se desplomó el tramo por 15 metros de altura.

He aquí lo que había sucedido según resulta con grandes probabilidades de la inspeccion de las ruinas. La viga de agua abajo rompió por la cabeza inferior (cada una de estas vigas se compone de dos grandes cabezas en forma de T reunidas por barras en celosía) á poca distancia del punto de apoyo, el peso del tablero desgarró las celosías, y por último rompió la cabeza superior cerca del primer montante; á partir de este momento, empezó la caída del tablero saliéndose violentamente del otro apoyo, y como la parte que caía, más el apoyo, excedía en longitud á la distancia de estribos, el exceso se dobló, se rompió en partes y al fin cayó en el río algo desviado del eje de estribos y con el tablero entornado; todo ello en ménos tiempo que el necesario para escribirlo.

Desde luégo descartamos toda responsabilidad para el autor del proyecto, pues repetimos que está bien hecho; los ingenieros que dirigieron las pruebas están en el mismo caso, toda vez que léjos de exceder las reglamentarias, aún quedaron muy por bajo de estas; además, acababan de probar un puente análogo con el inconveniente de un afirmado reciente, lo que no sucedía en Pilotuerto; y tengase tambien en cuenta que ensayaban un material aceptado como bueno, y una disposicion de este material que les constaba que era acertada. El ingeniero de la fábrica había montado los dos gemelos, y tenía para el segundo la confianza adquirida en el primero.

Por qué, pués, se rompió el puente? Hay ó nó responsable de la catástrofe? El haberse producido la rotura inicial junto al punto de apoyo de una de las vigas, indica que se debió á lo que técnicamente se llama esfuerzo cortante; pero como el peso estático no produjo alteracion ninguna y en cambio al romper la marcha sobrevino instantáneamente el accidente, en nuestra humilde opinion la concausa más importante ha sido la vibracion longitudinal; y no choque á los profanos la pequeñez aparente del fenómeno determinante. Sabido es, que haciendo vibrar una barra de hierro para producir ciertas notas, se han ob-

tenido vibraciones tales, que el alargamiento y acortamiento instantáneo equivalían al que hubiera podido producir una carga de 30 á 32 kilogramos; aunque en este caso no haya llegado la vibración á este límite, hay que tener en cuenta que estando la viga apoyada en sus extremos, las ondas reflejas deben haber producido vientres que sin aumentar la amplitud aumentan la intensidad del movimiento vibratorio; lo que pasa en estos fenómenos en que se turba el equilibrio molecular, no debe sorprender á los que reflexionen á lo que da lugar una chispa ó un rozamiento en una sustancia fulminante, un ligero movimiento en un cuerpo colocado en equilibrio inestable sobre una altura etc., etc.; pues la desproporción entre la causa aparente y el efecto, se explica porque la primera no hace más que dar ocasión á que la energía potencial (disimulada en el cuerpo en forma de especial estructura molecular, ó de posición respecto a un centro de fuerzas) se transforme y manifieste como energía actual.

Aún aquí ocurre preguntar: ¿y no se toman en cuenta en la teoría de puentes estos efectos de la elasticidad? Sí, y la prueba es que el material que se exige es el hierro forjado, que por su estructura fibrosa ofrece más resistencia á los efectos de la vibración; pero como á la larga las mismas vibraciones acaban por convertir la fibra en grano (como sucede en los carriles de las líneas férreas) se evita en lo posible el sacudimiento ó movimiento acompasado, que es el único capaz de engendrar estas terribles oscilaciones regulares de las moléculas.

Así, pues, es nuestra opinión, reforzada por el exámen de algunos trozos del material del puente, que la viga que se rompió debía tener defectos de estructura en la región de fractura, lo cual se explica por proceder el hierro empleado para su construcción de carriles viejos ó de alguna cosa análoga; y aunque esto no nos consta, lo hace muy probable la circunstancia de que la casa constructora no fabrica hierros, sino que toma en el mercado las primeras materias. Por lo demás, aunque en dicha casa se ejecutaran con la mayor escrupulosidad todas las operaciones metalúrgicas, no es posible asegurar en absoluto la imposibilidad de un defecto de fabricación; es más, el método reglamentario de pruebas de las piezas aisladas tampoco puede producir tal seguridad; unas veces, porque la prueba que satisface exige la rotura de la pieza, y se comprende que no pueden probarse más

que un cierto número de ellas, tomadas á la casualidad; y otras, porque el modo de resistir de una pieza aislada, ó de un conjunto de algunas, no es el mismo que el del entramado total. Así, por ejemplo, la misma viga rota, probablemente habrá sufrido con buen éxito las pruebas de carga máxima de flexión y cortante.

De todo lo cual deducimos, que en este caso particular no hay responsabilidad para nadie, fuera de la económica que corresponde á la casa constructora.

Pero como la misma necesidad de una prueba acusa la impotencia de la teoría y la posibilidad de catástrofes como la que lamentamos, creemos que el sistema de pruebas debe cambiarse y lograr que el mal éxito de la construcción no comprometa en ningún caso vidas humanas. Fácil es idear medios para ello; sería uno, tener una locomóvil de pruebas que con pequeña velocidad (para permitir al maquinista montar al salir del puente) arrastrara los carros cargados; más caro sería mover las cargas rodadas por cables. Pero el mejor medio, en nuestro concepto, se reduce á que en la misma casa constructora se monte el puente por completo sobre estribos poco elevados, 2 ó 3 decímetros, y cargado estática y dinámicamente como se exige, se haga la prueba antes de recibirlo; todo se reduce á que en el presupuesto de cada tramo se aumente la cantidad necesaria para sufragar esta prueba completa y satisfactoria.

Y ahora que imparcialmente y con algún conocimiento del asunto hemos aclarado este en la medida de nuestras fuerzas, concluiremos lamentando la ligereza con que periódicos serios ponen en tela de juicio, sin datos suficientes, sin conocimientos de la materia, la aptitud y hasta la probidad técnica de individuos que ordinariamente solo obtienen como recompensa de una carrera larga y difícil la satisfacción de haber sabido y querido cumplir siempre su deber. Hace un mes, la catástrofe de Logroño sirvió para inquietar á una corporación que, no por ser á la que pertenecemos, dejaremos de calificar de buena entre las mejores; hoy las desgracias de Pilo-tuerto han amargurado á otra no menos digna. Cuando de catástrofes, de hecatombes debidas á ineptitud y aún á mala fe se quiera buscar el origen y los causantes, jamás se hallarán estos entre los modestos partidarios del trabajo y del estudio: en otras regiones hay que investigar.

GENARO ALAS.

Oviedo y Octubre de 1880.

ECOS Y RUMORES.

Convengamos en que los tiempos que corren, no son tiempos fáciles ni venturosos. Aunque en los años que llevo vividos, bastantes por desgracia, siempre oí repetir aquella afirmación, y hasta creo que nunca se proclamó á boca llena la afirmación contraria,—podemos, no obstante, convenir en lo dicho: corren malos tiempos.

Pero á pesar de eso, ó acaso por eso mismo, es lo cierto que las gentes se preocupan grandemente con el modo de buscarse distracciones, y apenas salen de una, cuando ya están pensando en la que vendrá. Que baja la Bolsa, que emigran cientos y cientos de familias desventuradas, que tiembla la tierra, que se hunde un puente etc., etc... nó importa!

El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Siempre fué así el mundo, supongo que seguirá siendo de igual manera, y no seré yo en verdad quien se meta á desfacedor de tales entuertos.

A lo que yo vengo á parar, es pura y simplemente á hacer constar que Asturias quiere también divertirse, y al efecto... proyecta construir plazas de toros á diestro y siniestro; y nó plazas así como se quiera, plazas de morondanga, que aquí en familia diríamos; no señor.

La cuestión es construir plazas permanentes de cal y canto; plazas inconcusas, como dijo un señor que yo conozco.

Nada de madera deleznable y caediza; roca viva, todo lo más viva que se conozca en su clase.

Tal parece ser, según las noticias que leo en cartas y periódicos, la preocupación actual y suprema de las dos poblaciones más importantes de la Andalucía del Norte: Oviedo y Gijón.

No hace muchos meses, viajaba yo en diligencia por esos mundos de Dios, (mundos españoles se entiende) lejos de este querido país.

Muerto de sueño, pero sin poder dormir con el maldito traqueo del coche, consolome un tanto ver en el cielo las señales del nascente día, y comencé á aprovechar la indecisa claridad para ofrecer á mis ojos algún recreo con la observación del paisaje, hasta entónces envuelto en profunda sombra.

Asomado á la ventanilla, tendí la vista por una llanura triste y despoblada en la que solo se descubría una que otra choza de ennegrecida paja junto á pobre redil ya abandonado por sus huéspedes, que formando apacible rebaño, presidido con cierta solemnidad por un pastor miserable acompañado de los consabidos perros, pacían cerca del camino lo

que encontraban, ó se entretenían en mirar al suelo...

Allá á lo lejos, sirviéndole de fondo el cielo, apareció, al fin, recortada y sombría perspectiva de un pueblo de cierta importancia, á juzgar por el bulto; perspectiva que poco á poco fué haciéndose más detallada, pudiendo ya distinguirse, á pesar de la distancia, la aguda montera de una torre que se levantaba por encima de todo lo demás.

El coche marchaba á un paso regular, pero mucho tiempo pasó desde que el pueblo se puso á la vista y el momento en que el mayoral redobló los latigazos para entrar con rumbo por sus inmediaciones. Cuando esto ocurrió, que al fin todo se acaba, hasta aquellas fatigosas llanuras, lo primero que percibí con claridad fué un enorme paredón circular é *irrevocable*, en cuya superficie apenas se veía hueco alguno.

En tal punto, uno de mis compañeros de viaje, que por cierto había usado de uno de mis hombros como de propia almohada momentos ántes, volvió en sí y exclamó con cierta fruición:

—Ahí tiene V. nuestra gran plaza de toros.

—Soberbia, contesté.

—Muy grande, y de piedra.

—¡Vaya! De modo (añadí yo) que esta será una población de importancia, ¿eh? Tendrá excelentes escuelas, librerías, círculos de instrucción y de recreo...

—¡Bah, bah! no se burle V., amigo. Vendrá V. de los madriles y pensará V. que...

—Perdone V., compañero. Comprendo mi error; la plaza habrá costado mucho y se habrá agotado el presupuesto...

El coche hizo alto para cambiar de tiro; aunque casi hubo tiempo para que se celebrara una feria y se comprase el ganado de refresco y se le adiestrase en arrastrar el vehículo. Durante el intermedio pude observar que un hormiguero de pobres acosaba á los viajeros; que en una taberna vecina abundaba la concurrencia, mal avenida con el *parcitz auribus* de los romanos; que en boca de chiquillos desarra-pados y zurdos, andaba lo más selecto del diccionario *ad usum fæcis*; que en los frontispicios de las casas había cada letrero que temblaba la gramática; y que al pedir no sé que líquido un individuo de la partida, en una pseudo-confitería, se lo sirvieron en una copa de cristal turbio con pié de hoja de lata mohosa...

¡Soberbia plaza y admirable cultura!

Cuando nos pusimos de nuevo en marcha, un enjambre de rapazuelos voceó y silbó con denuedo, y más de una piedra vino á chocar con estrépito en la caja del coche.

Ni Gijón ni Oviedo pretenderán, á mi ver, demostrar con sendas plazas de toros que son pueblos de categoría, florecientes y finchados; ni los toros que pacen en nuestros campos embisten, ni aquí hay tres docenas de ciudadanos que entiendan de toreo; ni el clima, ni la tradición, ni el progreso (?) piden cosa que se parezca á este asunto.

Pero hay un argumento Aquiles, una razón de pié.... y medio de altura, que aconseja la erección de circos taurinos:—la fiesta nacional por antonomasia, atrae numerosísima concurrencia que favorece á los comerciantes, á los fondistas, á las poblaciones, en fin, donde se celebra.

Según este principio, y dado que también hay muchos curiosos que gustan de ver cómo se da garrote á un hombre, no sé por qué no había de tratarse de acumular las ejecuciones en épocas solemnes, dándose maña para que nunca faltasen elementos de atracción.

Santo y bueno que se llame á los forasteros y se procure aquella ocasión de bienandanza para ciertas clases, pero no veo yo la imprescindible necesidad de que el señuelo sea la muleta de Lagartijo, pongo por caso.

¿Tal vez la moderna cultura no tiene sus fiestas características, que son otros tantos testimonios de elevación de espíritu, de legítimo adelanto y fraternal concordia?

Aunque fuera verdad, que yo no creo que lo sea, ¿hay ovetense ó gijonés que se atreva á pregonar á voz en cuello que una Exposición provincial ó regional, v. gr., atraiga menos compatriotas que una mala corrida de toros?

Y aunque atrajese menos, ¿merecería este menos toda la *demasia* que supone el fomentar aficiones bárbaras y convertir en endémica esa esporádica manía que de poco acá se entró por esta tierra, que es, entre otras cosas cuya memoria sería pertinente, la patria del gran JOVELLANOS?

Bueno que ganen los comerciantes y los fondistas; ¿pero por qué han de salir perdiendo los vecinos anti-taurómacos, la moralidad y la razón, el buen nombre y la buena fama de nuestras poblaciones más civiles?

Después de todo, aún es más comprensible que Gijón pretenda realizar el cornudo proyecto á que vengo refiriéndome.

Me explicaré.

Gijón tiene dos excelentes teatros: el de Jovellanos y el de los Campos Elíseos; pero que Oviedo se empeñe en tener una novísima plaza de robustos sillares, después de haber construido una de madera

y cuando va á presenciar los espectáculos escénicos á un *corral* pésimamente acondicionado, es cosa que maravilla.

Oviedo debe querer distraerse de un modo culto; pueblo apto para la música, dispuesto para apreciar y sentir las bellezas dramáticas, lo primero que urge hacer aquí es un teatro que esté en correspondencia con lo que Oviedo representa y es.

Yo no soy de los más aferrados en creer que el teatro sea una escuela de costumbres: la escuela es la escuela y el teatro es el teatro. (1) Sin embargo: siquiera se trate de un entretenimiento, de un deleite, de una satisfacción, creo que media mucha distancia entre lo que se ve en el Fontán y lo que se ve en el Fresno.

El Fontán está en la ciudad, y el Fresno.... en la aldea.

Cierto que se predica desde el púlpito contra las funciones teatrales, acaso más que contra las taurinas; pero para el que reflexione un poco, no es la cosa tan oscura.

El que predica, quizá siga la corriente tradicional ó busque sus argumentos en los libros más que en la vida; y los libros que se usan para el caso dicen, y con razón, mil perrerías de los teatros.

Que San Agustín y San Jerónimo y San Isidoro y Tertuliano y Séneca digan: *theatra luxuriant.... consistorila ibidinum publicorum... impuris motibus scenicorum* etc. etc., nada tiene de particular. A parte de que la idea cristiana significó una reacción violenta contra el estado pagano, y era preciso que se acentuase fuertemente el contraste, lo que ocurría dentro y en los alrededores de los teatros y circos romanos pasaba de castaño oscuro. Bajo las gradas y bóvedas de aquellos edificios, establecíanse tiendas en que se celebraban ilícitos comercios, tabucos hediondos y repugnantes que albergaban todos los vicios; y en el interior, ante los ojos de la multitud, la musa retozona y alocada de la comedia, no se paraba en barras; las pantomimas expresaban, como nos cuenta Lactancio, con gestos y contorsiones, lo más obsceno y desvergonzado; las *gimnopedias* y el *cordax*, sustituyendo á las antiguas danzas marciales, ponían á los piés de las bailarinas todo pudor y recato.....

¡Aquello sí que llamaría la atención y atraería forasteros!

¡Allí sí que una plaza de toros, lisa y llana, sería una bicoca y hasta un progreso relativo!

Pero nuestro teatro (el teatro moderno) es otra cosa. Aunque á veces venga una *racha* de can-can y aunque sea cierto, y es de sentir, que nuestros autores contemporáneos *adulteran* demasiado, hay

(1) Vid. Pero Grullo, *Opera omnia*.

de ordinario ocasion de experimentar ante la escena los nobles y honestos goces que produce el arte y de ejercer en el pueblo una influencia que le vuelve cortés y blando para saludables impresiones; nó duro, alborotado y soez.

Ya que vamos hablando de espectáculos públicos, toca su vez á los del Circo, que ocupan el lugar intermedio entre los anteriores, y que están ahora aquí nó en proyecto, sinó en accion.

Dejando á un lado mis opiniones particulares sobre los descoyuntamientos, saltos mortales, atrevimientos hípicas, exhibicion de formas y chistes de *clown*, que constituyen el programa obligado de este linaje de funciones, valga apuntar únicamente que su lugar más propio está en los grandes centros, donde el público se renueva y donde, con las ganancias que esto origina, puede la empresa renovar á su vez las notabilidades.

Por eso no me extraña que en Oviedo, con ser la compañía del Sr. Loyal bastante aceptable, ya que no extraordinaria, falte concurrencia para dar animacion al Circo los días que no son festivos.

Nuestro Gobernador civil Sr. Aranda, que con plausible celo trató de recabar limosnas y recursos para las infortunadas familias de las víctimas ocasionadas por el hundimiento del puente de Pilotuerto, promovió una funcion de beneficio que, por ser tal, constituyó una excepcion de aquella regla el miércoles último. Ignoro si los resultados llegarían á las esperanzas, mas de todas suertes, el pensamiento mereció elogios y fué secundado por un escogido público.

Allá anduve yo como uno de tantos, si bien con cierta *escama*; porque como se recordaba un hundimiento, ninguna gracia me hacia el advertir que el Circo lleva ladeado su calañés de tejas, como majo fanfarron.

Repito que, sean buenos ó malos los presentes tiempos, nos damos trazas de buscar jolgorio á todo trance.

A lo que va apuntado, pueden Vds. agregar los inmediatos renglones:

Las reuniones brillantes que siguen celebrándose en el Casino;

Las notables fiestas teatrales del Liceo;

Las luminarias, músicas y asuetos de los pasados días;

Los proyectos de la sociedad de Santa Susana;

Y, en fin, lo que cada cual se divierte en su casa

y á su modo, ó en la casa agena á gusto de los interesados.

Acaso habrá alguno que lo sume todo y saque por total un redondísimo cero.

¡Lo que es el saber matemáticas!

Ya lo dijo Byron: la ciencia es el dolor.

Un sietemesino con una venda sobre las muelas, puede evocar el recuerdo de Sócrates con una viveza de dos mil diablos.

* * *

Noticias varias:

—En la tarde del miércoles falleció, víctima de ejecutiva dolencia ocasionada por un accidente, al parecer de escasa importancia, el respetable señor D. José Gonzalez Alegre, ex-diputado á Córtes y acaudalado capitalista. De todos conocido y querido de todos, amigo de la libertad y del pueblo, de amable carácter, de intachable honradez, de felices dotes naturales, que supo aprovechar en una larga, digna y activa vida, su muerte ha causado profundo sentimiento en esta poblacion, que le consideraba como se merecía por sus años, por sus servicios y por sus bondades. Nosotros que nos honramos con su amistad, que contamos en su distinguida familia con antiguos y leales compañeros, enviamos á esta el pésame más cordial y lamentamos como el que más tan dolorosa pérdida.

—Interpuesto por la Liga de contribuyentes un recurso dealzada para que se rebajase el tipo de contribucion de subsidio y comercio que Oviedo debía satisfacer, y que se fijara últimamente calculando con inexactitud el número de habitantes comprendidos en el casco de la poblacion, obtúvose una resolucion favorable, que procuró con celo ejemplar el Sr. D. Lorenzo Nicolás Quintana, senador universitario é hijo adoptivo de Oviedo. Los contribuyentes están, pués, de enhorabuena, y el Sr. Quintana ha probado una vez más lo que puede y vale en defensa de la justicia y en pro de los intereses de esta su querida provincia.

—Isaac Laviada, jóven de relevantes prendas y de no pocas esperanzas, redactor de nuestro colega *El Comercio*, ha muerto en Gijon en uno de estos últimos días. Muy de veras nos asociamos á la justa pena de su familia.

—Segun leemos en nuestro colega *La Iberia*, una comision del Ayuntamiento de Gijon ha llegado á Madrid con objeto de obtener del Sr. Ministro de Fomento la separacion del actual Director del Instituto, que viene haciéndose incompatible con el buen régimen de este establecimiento de enseñanza. Algo y aún algos habíamos oido nosotros del asunto, que deseamos se resuelva en justicia; pues si quiera reconozcamos que el aludido señor sea como particular y profesor muy apreciable, tal vez su carácter ó circunstancias especiales de localidad no le favorezcan para ejercer aquella jefatura.

—Nuestro municipio ha publicado las bases de un empréstito de 75,000 pesetas destinado á cubrir los gastos de un nuevo cementerio. Muy de celebrar es el hecho, que responde á una necesidad imperiosa.

—El próximo día 2 de Noviembre debe reunirse la Diputacion provincial. Deseamos que el interés no se agote en el nombramiento de la Comision, y que se ultimen proyectos tan importantes como el del Hospital-manicomio.

SALADINO.